

DAMAS VOLUNTARIAS
DEL HOSPITAL
MILITAR CENTRAL

HAY
QUE
HACERSE
PRESENTE
COMO
MUJER
EN EL
MUNDO
ACTUAL



ISABEL CARRASCO DE GOMEZ

La tranquilidad de los días de Semana Santa me dieron un tiempo para lectura y meditación. En realidad, muchas veces leemos para distraernos, para ilustrarnos, pero quizás muy pocas para meditar el contenido y utilizarlo en el enriquecimiento espiritual con proyecciones a la vida práctica. De la ya vieja Encíclica de Juan XXIII, *Pacem in Terris*, he tomado algunos apartes sobre la mujer, los cuales me han parecido tan apropiados para transcribirlos a "los hombres". No crean que me equivoqué al decir a los hombres, es verdad, las mujeres hemos comprendido que tenemos que tomar parte activa en el desarrollo social de nuestro pueblo pero ellos quieren continuar con las antiguas costumbres. Todavía los oímos decir: "la mujer para la casa", quizás a fuerza de repetirlo cale.

El mundo exige de la mujer un cambio de postura. Juan XXIII señala en la "*Pacem in terris*" el fin de tres "minorías de edad", las de las clases trabajadoras, la de la mujer y la de los pueblos de color. Para salir de la minoría de edad es necesaria la "promoción"; ya Pío XII dijo "podéis y debéis hacer vuestro todo el programa de promoción de la mujer". El problema de la mujer moderna no consiste ya en adquirir derechos, sino en hacerse cargo de todas sus respon-

sabilidades. La promoción, consiste en definitiva en que un ser se logre como persona, integrado en el conjunto social mediante una serie de valores humanos personales y colectivos: fraternidad, responsabilidad, sentido social, etc. Para esto es necesario:

— Hacer a la mujer consciente de su misión y de su puesto en el mundo de hoy.

— Inquietar, suscitar en la mujer el deseo de mejor preparación para su tarea.

— Dar una base cultural suficiente, entendiendo cultura según formulación de la UNESCO "tiene cultura el que entiende el mundo en que vive y es capaz de alguna manera de influenciar en él".

— Educar social y políticamente, preparar para la gran fraternidad a que caminamos.

No se puede ir contra el movimiento del mundo. Y además, precisamente en este punto de la elevación femenina, el movimiento actual es favorable aunque no deja de tener sus riesgos. Lo importante es que la promoción de la mujer se realice recta, cristianamente, que sus puestos de trabajo sean adecuados, que se la respete y atienda debidamente en ellos, y que se la prepare para estar, en medio de todas las actividades que le compete ejercer, a la altura de su **misión**.

La formación de la mujer sigue constituyendo en nuestra patria un problema de urgente solución para el cambio de estructuras en que estamos empeñados, para esto debemos fijar algunos objetivos como:

— Ha de eliminarse el analfabetismo entre la población femenina.

— Hay que preparar sobre todo a la mujer campesina.

— Ha de entrar más la mujer en los cuadros docentes, es decir, además de ser alto el número de muje-

res en el magisterio, debe serlo también en otros ramos de la enseñanza, inclusive, en la universitaria. Esta ocupación es muy apropiada para la mujer.

— Ha de procurarse que la universitaria trabaje luego en empleos correspondientes a su formación, que es costosa, y por lo tanto sólo accesible a una minoría.

— Han de fomentarse las profesiones típicamente femeninas que giran alrededor de obras asistenciales o educacionales (carreras de asistentes sociales, voluntarias hospitalarias, psicoterapéutas, jardineras de infancia, etc.).

La cultura es la puerta abierta al ejercicio de una profesión. Y una mayor formación profesional, en sus variados aspectos, es base indispensable para el desarrollo. La orientación y la formación cultural necesarias para situarse de un modo digno en el mundo del trabajo, es la tarea del momento.

El educador es hoy el árbitro de los destinos del mundo. La paz y la guerra, el hambre o el nivel de vida humana, están —hoy más que nunca— vinculados al problema de la cultura y de la capacitación profesional.

En segundo lugar, viene un hecho de todos conocido: el ingreso de la mujer en la vida pública, más aceleradamente acaso en los pueblos que profesan la fe cristiana, más lentamente, pero siempre en gran escala, en países de tradición y de civilizaciones distintas. En la mujer se hace cada vez más clara y operante la conciencia de la propia dignidad. Sabe ella que no puede consentir en ser considerada y tratada como un instrumento; exige ser considerada como persona, en paridad de derechos y obligaciones con el hombre, tanto en el ámbito de la vida doméstica como en la vida pública.